

monje Cirilo. Domiciano obedeció, y halló la despensa tan llena de pan, que fué necesario hechar la puerta por tierra para entrar en ella. También hallaron vino y aceite en gran cantidad. Domiciano quedó tan asombrado de este prodigio, que, echándose á los piés del Santo, le pidió perdón de su desconfianza, penetrado de arrepentimiento por no haberse abandonado ciegamente á la obediencia. Eutimio lo levantó y le dijo estas palabras del Apóstol: *Aquel que siembra con bendición, recogerá con bendición*, (II Cor. 9-6). Añadió dirigiéndose á los otros religiosos: « Acordaos, hermanos míos, que cuando se reciben los huéspedes con caridad, se recibe de Dios más de lo que se le da; y tened por máxima inviolable entre vosotros, que si os hacéis agradables á Dios por la caridad, tendrá un cuidado tan especial de vosotros, que nada os faltará. » En efecto, después de esta fecha todo prosperó para estos religiosos, cuyo número había crecido hasta cincuenta. Cada uno tenía su celda, y todos los días, se celebraba el santo Sacrificio en su iglesia, lo que era para ellos un gran motivo de consuelo.

No obstante no todos practicaban igualmente la virtud, y el historiador del Santo trae dos ejemplos, que hacen sentir, relevando la sabiduría de su gobierno y el espíritu de Dios que le guiaba, cuánto desagrada al Señor la desobediencia en un religioso, aun cuando tome por pretexto aquello que por las ilusiones del amor propio parece bueno á aquel que no quiere atenerse más que á sus luces. El ecónomo de la laura se vió obligado á tomar mulos para hacer venir las provisiones y proveer al servicio de los hermanos; y para cuidar de ellos puso los ojos en un religioso llamado Auxencio, quien era muy apto para este cargo. El le habló sobre el particular; pero este no queriendo aceptarlo difería de un día para otro el encargarse de ello bajo diferentes pretextos. El ecónomo apremiado por la

necesidad que tenía de él, y viendo que nada podía conseguir del mismo, rogó á Juan y Cirión, sacerdotes de la laura, que unieran sus instancias á las suyas; lo que también hicieron inútilmente. Por fin, el sábado, habiendo ido san Eutimio á la asamblea de los hermanos, el ecónomo se le quejó de la indocilidad de Auxencio. El Santo no se descuidó en hacerle presente el mal que hacía siguiendo su voluntad con preferencia á la obediencia; pero Auxencio se resistía siempre, dando por razón que era Asiático y que no entendía el lenguaje del país para este empleo; que por otra parte obligándole esto á salir de la laura, se hallaría expuesto á ver mil objetos que le serían un motivo de tentación; que no estando entonces bajo los ojos del superior ó de sus hermanos, tal vez se dejaría engañar por el demonio, y que en fin la quietud del retiro le convenia más y le obligaba á negarse á aquello que le pedían. Por estos pretextos especiosos trataba de huir la obediencia para no hacer más que su propia voluntad; pero san Eutimio que tenía el espíritu más esclarecido y el corazón más recto que él, no se dejaba engañar. Sin embargo aun le dijo con dulzura: « Nada temáis, hijo mio, cuando seáis obligado á salir de la laura para conducir los mulos por obediencia; nosotros rogaremos á Dios por vos á fin de que os proteja y conserve vuestra alma. Obedeced solamente y acordaos que Jesucristo ha dicho: *Yo no he venido para ser servido sino para servir* (Matt. 20-28); y también: *Yo no hago mi voluntad, sino la de mi Padre que me envió* (Joan. 5-30). »

Muy lejos de aprovecharse de una amonestación tan dulce, Auxencio se obstinó más y sólo manifestó acritud. Así se vió bien que las razones especiosas que le había dado no eran mas que pretextos del amor propio. San Eutimio juzgando entonces que convenia emplear la severidad para corregir este corazón indocil, dióle: « Os hemos aconsejado, hijo mio, aquello que hemos creído más ven-



tajoso para vuestra alma ; pero ya que persistis en vuestra obstinación, vais á recoger el fruto de vuestra desobediencia. » Aun no hubo concluido estas palabras, que Auxencio sintió una terrible sacudida en todos sus miembros, la cual le dejó postrado. Todos los hermanos presentes quedaron alarmados. Suplicaron á san Eutimio que se apiadara de él, diciéndole que había sido bastante castigado de su desobediencia. El Santo, quien no quería más que su enmienda, le tendió la mano, lo levantó del suelo donde había permanecido temblando de piés á cabeza, y le curó haciendo sobre él la señal de la cruz. Esto fué para él una lección de prudencia de la cual supo aprovecharse. Se arrojó á los piés del Santo, le pidió perdón de sus resistencias y se encargó con buena voluntad de la conducción de los mulos.

El monje Cirilo dice haber aprendido esto de san Ciríaco, de quien hablaremos en otra parte, el cual había pasado muchos años en el monasterio del Santo. También le relató un ejemplo que vamos á referir. Dos de sus religiosos llamados Marón y Clemas, cansados de las austeridades y de la rigurosa disciplina que se observaba en la laura, pensaron en dejar su estado, y se comunicaron sus proyectos. A nadie más lo habían comunicado ; pero Dios lo manifestó á Eutimio, á quien muchas veces revelaba los secretos de los corazones, lo mismo que el provenir. Le hizo ver al demonio que ataba una cuerda al cuello de estos dos religiosos y los arrastraba al abismo.

Comprendió fácilmente por esta visión que el maligno espíritu les tentaba de apostasía y al momento fué á encontrarlos para hacerlos retroceder de un designio tan pernicioso. Les habló con mucha dulzura ; les conjuró, les rogó, les exhortó, les animó á la perseverancia. Les citó muchos ejemplos de los Libros santos, y les dijo también que un religioso jamás debe entretenerse en los pensamientos de

tristeza, de disgusto, de aversión, ni de cambio de lugar ó de estado ; y que, desde que estos pensamientos se presentaban en el espíritu, los debía rechazar al momento, por temor de que dejándolos, arrastrasen la voluntad y precipitasen el alma en el infierno por alguna funesta caída. « Pues, añadía, no creáis que si no teneis valor para practicar la virtud la tendréis mejor en otras partes. No es el lugar lo que hace practicar el bien, es la buena voluntad ; al contrario, los cambios no hacen más que volver los monjes más estériles en virtudes y más relajados en sus deberes, á la manera, como se ve por experiencia, que un árbol que se trasplanta ora en un sitio ora en otro, jamás produce fruto. »

Al efecto les narró lo que había sucedido á un religioso de Egipto, ya muy avanzado en edad, pero de natural vivo é impetuoso : « Este religioso, dice, viendo que se dejaba llevar por la cólera, creyó que el mejor partido que podia tomar era abandonar el monasterio en que vivía y morar en el desierto. Allá, decía, nadie habrá que me contrarie ; sólo me las tendré que haber conmigo mismo ; y no tendré ocasión alguna de incomodarme. Pero habiendo ejecutado su designio, un día que había llenado su tinaja de agua queriéndola poner en tierra, se le vació, lo cual se repitió tres veces ; á la tercera vez se encolerizó tanto contra la tinaja que la cogió y la rompió. »

Clemas, quien hubiera debido conmovirse con estas amonestaciones, no hizo mas que reir al oír este ejemplo, y san Eutimio indignado le dijo : « ¿ Acaso también os habéis convertido en juguete del demonio, como aquél de quien os acabo de hablar ? Vos reís, cuando deberíais gemir y llorar. ¿ No sabéis que aquél que nos debe juzgar á todos, ha llamado desgraciados á los que rien y bienaventurados á los que lloran (Matth. 5-3. Luc. 6-26) ? ¿ Por ventura conviene á un monje derramarse en palabras vanas, ser ligero



é inconstante, y demasiado presumido de si mismo? Con esto prueba que no conoce su estado y que hace poco caso de sus deberes. Así es que nuestrós padres han mirado la presunción de sí mismo, como la madre de todos los vicios. » Se retiró después de haberle reprochado así; pero este religioso presuntuoso muy pronto llevó la pena de su temeridad. Cayó por tierra con un temblor y unas convulsiones violentas; y estuvo en este estado hasta que Domiciano, quien ordinariamente moraba con el Santo, reunió algunos de los principales de la laura, y con ellos se presentó al Santo suplicándole le perdonara. También le condujo á Marón, quien reconoció su falta; y san Eutimio que siempre se inclinaba por la dulzura, y quien no deseaba más que la enmienda de sus hermanos, fué á curar á Clemas haciendo sobre él la señal de la cruz: « Tomad, pues, buen cuidado de vos mismo, le dijo, después que se hubo levantado del suelo, y en adelante no menospreciéis más los avisos de vuestros superiores. Velad sobre vos mismo con atención, considerando que estáis circuido de lazos que los demonios os tienden, lo que os debe obligar á vigilar siempre sobre ellos y sobre vos mismo para que nunca os sorprendan. » Este castigo no solo fué útil á Clemas, sirvió también de lección á los otros para impedirles que cayeran en semejantes faltas.

Dios favoreció á san Eutimio con el don de profecía. Pronosticó á su discípulo Domno que sucedería á su tío Juan, obispo de Antioquía, en el gobierno de su iglesia. Vaticinó también á Anastasio guardián de los vasos sagrados de la iglesia de la Resurrección de Jerusalén, que sería patriarca de esta ciudad; pues habiendo ido á verle en su laura con Fido, obispo de Jope, y Cosme guardián de la Santa Cruz, aun no habían llegado, que ya advirtió á Crisipo, á la zazón ecónomo de la laura, que lo preparara todo para recibir al patriarca de Jerusalén, y desde el mo-

mento que hubieron llegado él dirigió siempre la palabra á Anastasio como si hubiese sido el patriarca. Crisipo estando maravillado de esto se le acercó diciéndole en voz baja que se engañaba; que Anastasio no era aquél que él creía; que lo podía reconocer en sus hábitos, bien diferentes de los del patriarca, puesto que éste andaba vestido de blanco. Entonces Eutimio como volviendo sobre sé dijóle: « Creedlo, hijo mío, hasta el presente solo le he visto vestido del color del patriarca; pero conviene creer que Dios ha querido hacerme conocer que lo será. » Dijo esto á Crisipo con un tono que fué oído de todos aquellos que estaban presentes, y quienes con el tiempo pudieron dar testimonio de ello, cuando Anastasio subió á la silla de Jerusalén.

La esposa de Terebón hijo del gobernador de los Sarrazenos, de quien hemos hablado, era estéril y fué á suplirle con su marido le obtuviera de Dios un hijo. Hizo sobre ella tres señales de cruz y le dijo que Dios le daría tres hijos; lo que sucedió.

Uno de sus religiosos llamado Emiliano, Romano de nacimiento, vivía desde su juventud en la mayor pureza de costumbres. El demonio envidioso de su inocencia no se descuidó de tentarle; pero lo que consiguió su malicia fué el fuerte pensamiento que le sugirió de que no podría resistir siempre y que al fin sucumbiría. Desgraciadamente escuchó este pensamiento, y perdiendo el coraje consintió en la tentación. El Santo conoció su falta por el olor insoportable que sentía al acercarse á él. De esto tomó ocasión para hacer una exhortación á los otros, quienes fueron también testigos del estado deplorable de este hermano y del olor fétido que salía de él, y les hizo ver cuánto importaba no escuchar los malos pensamientos, resistirlos desde el principio, y no desanimarse por más violentos é importunos que sean.

Sobre esto les citó un ejemplo que merece ser relatado.



Había, les dijo, en una ciudad de Egipto, un habitante cuya conducta exterior era tan regulada que todo el mundo le consideraba como á un Santo. Todos creían que poseía un don eminente de oración, que Dios le honraba con su divina familiaridad, y que sus preces atraían su protección y su bendición sobre la ciudad ; pero por desgracia suya era totalmente otro á los ojos de Dios de lo que parecía á los ojos de los hombres, pues aunque no cometiese pecados exteriores, se entretenía continuamente en malos pensamientos, en los cuales se complacía de propósito determinado ; cayó peligrosamente enfermo, y cuando estaba próximo á la muerte toda la ciudad acudió para llorarlo. También asistieron el obispo y el clero, y cada uno lloraba la pérdida que iba á tener. Al mismo tiempo un personaje verdaderamente esclarecido de lo alto llegó á la ciudad, y viendo la muchedumbre de gente que iba al enfermo, también quiso recomendarse á sus oraciones y recibir su bendición. Cuando estuvo cerca de su cama, Dios le hizo ver un hombre que hundía en su corazón un tridente todo abrasado para arrancarle el alma con una cruel violencia, y oyó una voz del cielo que dijo : *Ya que esta alma no ha cesado de ultrajarme, no ceséis tampoco de atormentarla.*

Cirilo cuenta también en los siguientes términos, como en tiempo de sequía Dios concedió á sus oraciones una lluvia abundante. Habiendo, dice, faltado el agua en la cisterna de la laura por esta sequedad, san Teutista con los otros religiosos fueron á suplicarle se la obtuviera de Dios ; pero él se excusó diciendo que para él habría presunción en hacerlo. Sin embargo la sequía iba continuando, de modo, dice Cirilo, que parecía, según la expresión de la Escritura, que el cielo se había vuelto de bronce y la tierra de hierro, y todos los habitantes de las aldeas y de los alrededores estaban consternados por tan larga carencia de agua. Sin embargo aun esperaban que el Santo

se dejaría convencer por los religiosos para pedir á Dios la cesación de ella. Pero al último día de la octava de la Epifanía, viendo que aun se negaba á orar para esto, y sabiendo que al día siguiente debía partir, según su costumbre, para el fondo del desierto á fin de permanecer allí hasta el domingo de Ramos, se reunieron en grande número, llevando cruces en la mano, y fueron á encontrarlo cantando, aún más de corazón que de boca : *Kyrie eleison* como era costumbre de los cristianos en las calamidades públicas.

Eutimio sintió su corazón movido de compasión ; se les presentó y les dijo : « Hijos míos, yo no soy más que un pecador, y tengo más necesidad que nadie de la misericordia del Señor : ¿ como queréis, pues, que ose presentarme delante de él para obtener la cesación de la esterilidad que nos aflige ? Esta calamidad nos dá bien á entender que está irritado en contra de nosotros, y yo sería un presuntuoso si le hiciera semejante demanda. Nuestros crímenes han puesto como una muralla de separación entre él y nosotros. El pecado ha desfigurado su imagen en nuestra alma y ha profanado su santo templo. Nosotros nos hemos entregado á nuestros malos deseos, á nuestras pasiones, á la envidia, á la avaricia, al odio de nuestro prójimo, lo que nos hace odiosos á sus ojos. No nos debemos admirar de que no nos nutra más, según su profeta, que del pan de aflicción, y de que nos dé el agua medida sin que nadie se lo pueda impedir ; pero como es tan bueno y misericordioso como justo, y desea que desarmemos su justicia cuando nos castiga, humillándonos y convirtiéndonos á él, postrémonos en su presencia, roguémosle que nos perdone nuestros pecados. Cuando por nuestra parte hayamos hecho lo que debemos, él no faltará en concedernos la lluvia que necesitamos. »

Todos exclamaron con voz unánime : Rogad vos mismo



por nosotros, nuestro venerable Padre, por que el Señor se complace en hacer la voluntad de aquellos que le temen. Esto le obligó á entrar en el oratorio con sus religiosos, donde apenas se hubo postrado delante de Dios, cuando se levantó un fuerte viento que cubrió el cielo de nubes. Al momento se oyeron grandes truenos por todas partes, y la lluvia cayó con tanta abundancia que la tierra quedó enteramente regada. Al mismo tiempo predijo que la cosecha de este año sería tan abundante, que nunca habrían visto otra semejante ; lo que tuvieron el consuelo de ver cumplido.

Dios también le manifestaba los secretos de los corazones. Le hacía conocer cuando interiormente resistían ó consentían en las tentaciones. También algunas veces veía en el santo Sacrificio los Espíritus bienaventurados que rodeaban el altar, como para celebrar con él los sagrados misterios ; y cuando los hermanos se acercaban para participar de ellos, veía una grande luz que esclarecía á los que estaban bien preparados, y deslumbraba á los otros que se acercaban en malas disposiciones. Por esto recomendaba con frecuencia á sus religiosos que atendieran á aquello que dice san Pablo, que debe uno probarse á sí mismo antes de comer este pan de vida y beber este caliz de salud, por que aquel que lo hace indignamente, come y bebe su condenación (I Cor. 28-29).

Considerad, les decía también, que el sacerdote que ofrece el Sacrificio previene sobre esto á los asistentes diciéndoles : *Elevemos nuestros corazones á Dios* ; y sobre la respuesta que le dan de que ya los han elevado al Señor, hace la consagración : Enseguida, levantando de nuevo las manos al cielo, como para demostrar que el sagrado misterio es ofrecido para nuestra salud, pronuncia con voz clara y distinta estas palabras, de suerte que pueda ser oído por todos : *Las cosas santas son para los santos*, como si qui-

siera decir : Ya que soy hombre sujeto á las mismas enfermedades que vosotros, y que no sé cuales son vuestras disposiciones, creo deberos advertir que cada uno de vosotros atienda bien al estado de su conciencia, si está cargada con algun pecado de orgullo, de envidia, de odio, de maledicencia, de intención torcida, de avaricia ó de cualquier otro vicio, y que se guarde bien de acercarse á la mesa sagrada sin antes haberse purificado por la penitencia ; pues las cosas santas no son para los profanos sino para los santos. Si por el contrario vuestra conciencia nada os reprocha, acercaos con confianza y no temáis, pues encontraréis en ella la luz que os esclarecerá y os animará. »

Decía esto por la abundancia de un corazón penetrado de respeto y de fé para los sagrados misterios, á donde fué tambien llevado por otras visiones con que Dios también le favoreció. Estando un día en el altar con Domiciano que servía de diácono, cuando estuvo á punto de recitar el *trisagión*, es decir, tres veces *Sanctus*, un fuego descendió del cielo y le cubrió con Domiciano hasta el fin del Sacrificio. Terebón estaba presente, y aunque laico se había colocado en el coro ; pero desde el momento que vió este fuego, quedó cogido por un santo terror y se fué al instante á la nave ; y desde aquella fecha todas las veces que asistía, ya no se atrevía á acercarse al altar, sino que humilde se quedaba cerca la puerta de la iglesia. Este prodigio sucedió después que el Santo había vuelto de Farán donde se había estado retirado en ocasión del impío Teodosio, uno de los más ardientes sectarios de la herejía de Eutiques, queriendo Dios confirmar con esto á los católicos en la verdadera fé, de la cual vamos á ver como nuestro Santo fué uno de los más celosos defensores.

Estaba en sus cincuenticuatro años, dice el monje Cirilo, cuando Sidonio, quien lo habia educado en su juventud